

HACIA EL FRENTE

Barcelona - Candanos por tierra libertada

Dicen que el español ama al sol y que sin él se siente triste. Que ama al sol, conforme. No en balde quedan aún en él reminiscencias árabes. El que se sienta triste o alegre puede obedecer a causas completamente ajenas a la proyección solar. He dicho que el día ha amanecido triste, orlado de nubes plomizas, y, sin embargo, en los compañeros que comparten la expedición brilla en sus caras una sonrisa alegre y llena de confianza. Yo no puedo asegurar cuál será mi expresión exterior. Interjuntamente ardo en deseos de marcha y los pocos minutos que hemos de estar esperando para que carguen el depósito de gasolina me parecen tiempo perdido.

Pronto deja oír el motor su característico zumbido—rumores de adioses de despedida—y emprendemos la subida a Pedralbes.

Al llegar a las barricadas hemos de parar y sufrir un riguroso examen en nuestra documentación. Comprobada ésta, nos deslizamos en rápido salto a Esplugas, en donde volvemos a pasar por el control. No hay novedad, y mientras vamos deslizándonos por la cinta de cemento que es la carretera, nuestro chofer nos propone que paremos a comer en Molins de Rey. El hace pocos días que, regresando del frente, se detuvo en este pueblo y hace grandes elogios de cómo los compañeros han organizado el funcionamiento de la vida.

Nos seduce la proposición; vamos en plan informativo, y por sí ello no fuese razón suficiente, existe la orden imperiosa del estómago, que empieza a dar unas voces nada moderadas.

El compañero chofer tenía razón. Va a ser preciso que, además de considerarlo como un artista del volante, lo demos patente de hombre varón.

Los compañeros del Comité nos reciben con toda cordialidad. La seriedad y preocupación con que preguntan y escuchan las respuestas nos demuestran la conciencia que tienen del momento. Satisfecha su curiosidad, pasan a saciar la nuestra.

Nos dicen que el nuevo local en que han instalado el Sindicato era un colegio de monjas. Estas huyeron antes de que estallase la criminal intención fascista.

Se han incautado de diversos locales, uno de ellos el de las Juventudes católicas, que pronto empezará a funcionar como escuela.

Han socializado los diferentes talleres de artes gráficas que había en el pueblo, incautándose también de una fábrica de papel y de una fábrica de industria textil, para cuyo normal funcionamiento esperan—y ya están en relaciones con los compañeros de Barcelona para que les remitan algodón.

Va acentuándose la sonrisa en el compañero que nos da los datos. Prové a una era de felicidad para el pueblo, al que dedica sus esfuerzos, y su gesto de confianza es un tributo sincero a un mañana más justo.

Nos acompaña al comedor. Limpio, aireado, la luz entra a raudales, llenando de claridad las toscas pero limpias mesas de pino. Nos sentamos entre los compañeros que, relevados por otros, han dejado la guardia para venir a comer.

No esperéis que os haga el menú. Dos platos, pero magníficamente condimentados. No voy a extenderme en elogios en este punto, pues no quiero cargar con la grave responsabilidad de aumentar el número de comensales. Sé que serían capaces de hacerles una visita y ya basta con los 100 ó 150 que allí lo hacen cada día. Continuamos charlando durante la comida y en ella nos dicen que les han cedido una magnífica torre conocida con el nombre de «El Castillo», para que la utilicen como cuartel general de las Milicias. Prometemos aprovechar cinco minutos para ir a visitarlo y, apenas comidos, salimos con el coche para allí. Bien elegido el nombre. En realidad, es eso: un castillo. En pequeño, pero un castillo. Con sus torres y puente levadizo. Lo recorremos todo él, y después de apreciar lo bien que ha sido distribuida su capacidad para cubrir las necesidades del ejército popular que en él se alberga, saludamos a los compañeros y enfilamos el radiador del coche rumbo a Lérida, meta de esta jornada.

Van pasando, como vistos con un kaleidoscopio, árboles, casitas y pueblos pequeños. Nos cruzamos con campesinos que nos sonríen, levantando el puño en alto.

Sin otra parada que las de control de entrada y salida en los pueblos, llegamos a Martorell, procurando amenizar el viaje con el paisaje. Pero éste resulta monótono.

Desde los primeros momentos ha llamado mi atención un anuncio del coñac González Byas, recomendando uno de sus caldos jerezanos. Representa—cortado en madera—un señorito andaluz, con el sombrero ladeado y una botella en la mano. No sé debido a qué asociación de ideas, me ha parecido ver en ella al «caballero» general Queipo de Llano.

«Me creéis si os digo que he tenido que reflexionar para darme cuenta de que no valía la pena de saludarlo con mi Mauser?»

Continúa nuestro «Buick» su rápida marcha y, después de ser debidamente controlados, entramos en Martorell. Paramos unos minutos, los suficientes para recoger un vale de gasolina y refrescar nuestras reseca gargantas con unas gaseosas.

Subconscientemente salen las preguntas. Tranquilidad en el pueblo. En un antiguo—pero modernizado—café de derechos han instalado los Sindicatos, después de haber procedido a su incautación, y ya son varias las industrias que funcionan socializadas.

Recorremos el viaje. Sigue el anuncio de González Byas obseccionándose y a una velocidad que no baja de 80 ó 90 kilómetros por hora vamos acercándonos a Lérida.

Vamos viendo escenas que nos recuerdan las estampas idílicas de las pastorales. La vida va siguiendo su ritmo tranquilo y mientras en el frente los compañeros no dejan el fusil un momento de sus manos, los campesinos que no han corrido a alistarse en las Milicias, conscientes de su deber, van extrayendo a la tierra sus jugosos frutos, que han de alimentar al ejército de la Libertad.

El compañero fotógrafo que nos acompaña queda tan seducido ante una de esas escenas de paz que decide sacar una «foto». Paramos un momento. Se saca la «foto», sonríen unas caras y después de levantar nuestros puños en cordial respuesta a los hermanos campesinos, emprende nuestro coche la marcha a Lérida, sin otras interrupciones.

Una revuelta de la carretera nos deja ver de pronto la inmensa mole del castillo de Lérida. A sus falda duerme la ciudad, que desde lejos tiene una quietud de romano.

Nos vamos acercando. De pronto vemos el brillo de esos tubos de uralla que son los tricronios de los guardias civiles. Nos piden la documentación. Estos son más exigentes y llevan el control hasta el último extremo. Pasamos, al fin, pero para ser detenidos nuevamente por un grupo de milicianos. Nueva revisión de documentos. Todos en regla y ya, sin parar, hasta el local de la C. N. T.

Después de saludar a los componentes del Comité pasamos un momento a la Redacción de nuestro querido colega «Acracia». Se charla de todo, de nuestro viaje, de los sucesos ocurridos en Lérida y, como no, de lo que a la organización afecta. Los compañeros de «Acracia» nos indican lo conveniente que sería su desplazamiento a Lérida algún miembro destacado de la organización.

Nos dan cuenta de la labor realizada. Se han incautado de varias imprentas, una serigrafía y el próximo lunes empezará a funcionar una sastrería colectiva.

El local donde está instalada la casa de los Sindicatos era el Casino Mercantil.

Se lamentan de que el Hospital de ésta funciona anormalmente y dicen que aun cuando está controlado por todas las organizaciones obreras existentes en ésta la dirección la asume un director que sólo es un neurótico irresponsable.

Después de concretar los detalles referentes a la continuación del viaje, decidimos hacer una visita—aunque rápida—al castillo.

Visto de cerca, su sensación de poder aumenta. Sin las modernas armas de guerra ha debido ser una plaza difícil de tomar. Tiene una situación estratégica admirable y desde ella se domina un panorama magnífico.

Después de unas cortas palabras de salutación con los compañeros que custodian el castillo nos alejamos viendo ondear en lo más alto de la torre del homenaje nuestra querida enseña roja y negra.

La cena, rápida, y a dormir. Hay que madrugar mañana, pues nos urge llegar cuanto antes al frente de combate.

Por las ventanas que dejamos abiertas de la habitación en que nos hospedamos empieza a entrar la claridad espectral del nuevo día. Todos en pie pronto. Sellamos el permiso de circulación y, después de reponer ligeramente el depósito de gasolina, nos trasladamos en un salto a Fraga.

El viento fresco del amanecer nos azota la cara. Nos servirá de aperitivo y de reacción contra el sueño, que aun ejerce su peso de plomo en nuestros párpados.

Empezamos a salir el sol cuando nuestro coche entra en este pueblecito simpático, conocido universalmente por sus sabrosos higos.

Se nos recibe con toda cordialidad e inmediatamente pasamos al «hotel», en cuyo comedor, íntimo y coquetón, nos sirven un copioso y nutritivo desayuno. El deber nos obliga a confesar que hasta la fecha no habíamos encontrado dónde, al nombre de TIERRA Y LIBERTAD, se nos acogiese con tanta cordialidad. Poco después de sentarnos en el comedor, llegan otros grupos de compañeros que, procedentes del frente, marchan a Barcelona.

Habían ido a llevar material eléctrico a la base de Sarriena y nos confirman la noticia que, como rumor, nos habían dado en Lérida de que la aviación leal, en una de sus incursiones al campo enemigo, ha bombardeado con efectividad un ferrocarril fascista.

Comentan con desagrado la disciplina militar que se ha implantado en el campo de aviación.

Esto el desayuno. Una despedida cordial y efusiva, pues nos urge llegar a Caspe. Cruzamos el puente de hierro desde el que se divisa la polícroma de colores de diversos grupos de mujeres lavando la ropa y en un salto nos trasladamos a Candanos, pueblo pequeño, pero agradable, en cuya antigua Casa Consistorial hoy ondea una bandera roja y negra que ostenta nuestras queridas iniciales.

Una mujer del pueblo

No creas, lector, que pienso relatar una cosa imaginaria, una de esas narraciones surgidas de la fantasía y que ello no sirva de base para enaltecer el valor de una mujer, no. Voy a decirte lo que he podido presenciar, como muchos de los que me lean quizá. Esta mujer es una de tantas mujeres que sienten en su corazón el ideal libertario. Se llama Isabel Marín, tiene diecinueve años, residente en la calle de Salamanca, en la Barceloneta. Ella, sin pensar que la muerte se cernía en su alrededor, sin preocuparse nada más que de su ideal, hizo lo que toda mujer debe hacer cuando se siente en el corazón: inclinarse entre los guardias, entre sus hermanos de lucha y defender la causa popular.

Causaba admiración cuando ella, entre el constante tirote, con el pelo en desorden, jadeante de cansancio, incitaba a todos con palabras encendidas de entusiasmo para que no se dejaran vencer. En aquellos momentos, desde mi punto de observación (mi inutilidad me prohibía tomar parte en la contienda), me parecía tener delante una heroína de la Libertad.

Así toda la mañana. Hubiese querido ser uno de esos que se congratulan en saber lo ausente para poder haber visto el derroche de valor que ella empleara esa noche. Pero aunque no lo he podido lograr, al día siguiente, lunes, tuve la suerte de verla para presenciar una de tantas acciones buenas que ha venido haciendo: entrar en una panadería y pedir pan para sus hermanos de lucha. ¡No lo puedo dar porque no tengo el suficiente para abastecer al público—lo dijo el panadero—; no tengo quien me pueda proporcionar harina.

No se preocupe—le contestó ella—tendrá harina dentro de unos segundos.

Y en efecto, después de llevarse cuarenta barros, se vela por las calles de la Barceloneta las carretillas del muello con harina para la panadería que lo necesitaba. Después, a unos guardias que iban descalzos, al verles que no podían andar, se introdujo en una alpargatería, y sin que se lo pueda denominar que fue un acto de sabotaje, indujo al alpargatero a dárles alpargatas.

De estos ejemplos dió muchos, tantos, que quisiera tener la suficiente capacidad para poder describirlos tal como sucedieron. Más con lo expuesto comprenderás, lector, que en aquellos momentos de lucha tenía que ser eficaz su labor.

UN INVALIDO

El boicot a la usura de los caseros

Está en plena hora el tema económico familiar. No hay muestra de susto a él. Es obseccionante y tangible. No es un problema de teorías, sino de hechos prácticos, de hechos urgentes y culminantes.

Empecemos por el alquiler. En Cataluña se adelantó la norma de rebajar el 25 por ciento, con carácter permanente. Luego se estableció la rebaja del 50 por ciento. Se unifican ahora ambos criterios, estableciendo el 50 por ciento de rebaja para alquileres modestos en toda la Península, y una rebaja menor para cuantías superiores.

A nosotros nos parece que el procedimiento de dosificar la renta urbana—incluido en Barcelona, hace unos años, con acierto, por el Sindicato confederal de Construcción y Reiterado en Sevilla recientemente—es un sistema excelente para hacer entrar en razón a los caseros. Y nos parece que, si los alquileres se fijan ahora con el 50 por ciento de rebaja, y los salarios aumentan en un 50 por ciento, la burguesía queda al margen de la vida económica. Esto es lo que interesa, consolidando el control obrero en las empresas y desahuciendo a los burgueses de sus privilegios.

Desde luego, urge acabar con la rutina de los depósitos y sostener la moratoria por lo que respecta a estos meses excepcionales, moratoria que debe convertirse en negación por imposibilidad de pago. Las rentas urbanas son escandalosas, y todos los propietarios han cobrado sus casas innumerables veces. Lo que interesa ahora es acabar con las viviendas insanas y estudiar la descongestión de los grandes centros urbanos.

Los iconoclastas inteligentes

La revolución ha derribado muchos espantapájaros pero no todos. No siempre se logra destruir lo peor y salvar lo digno de ser salvado. Para orientar estas labores propias de los que siempre nos mantuvimos en una posición rebelde, estamos nosotros, los que escribimos para decir cosas y para que se cumplan.

Una tarea inmediata, la que deben paliar los medios artísticos que acuden con verdadero entusiasmo para agruparse a la masa creadora, al calor de la gesta popular, es el desbroce de las calles y plazas desahucadas por estrafalarios monigotes nacidos del barro—como tantos hombres—y pasados a la piedra o al bronce porque parece que se quiso significar la dureza barroca e impenetrable de quienes les dieron salvoconducto y carta de ciudadanía.

Dos de éstos, que denuncian a ahora, son: el monumento a Gudi, acaso lamentable, borrón sobre Barcelona y estigma de las artes llamadas bellas.

Otro, es aquel erigido a la innoble memoria del marqués de Comillas, que entro paréntesis, era un planta fenomenal, esclavista marítimo, negrero de aboleño y pírrico representante de una época nefasta y autocrática.

Construirlos, tal vez no puedan los bravos muchachos libertarios. Destruirlos es obra de un instante. Habrán de ser los mismos artistas quienes por decoro de la clase, pusieron su puño recio asediado contra la vergüenza pseudo artística, para después poner sus dedos suaves, maternales, sobre el barro dúctil al que lo trata con amor y fe en su poder creador, sobre la piedra dura y hostil al que no la trata con la debida energía y temperamento, sobre el crisol en que se funden las mezclas bronceas...

La inteligente habilidad del pueblo en momentos de prueba

Eran los días difíciles que siguieron a la erupción fascista del 19 de julio.

En un pueblo importante de Cataluña había mercado. Los campesinos de la comarca ya se sabe que aportan al mercado productos de granja y de tierra, especialmente pollos y gallinas.

Y he aquí que llega al pueblo un camión de la Generalidad con objeto de requisar inmediatamente gallinas para proveer a los hospitales de Barcelona y asistir a heridos y enfermos.

Los compañeros del pueblo intervienen en el asunto.

—Os llevaréis las gallinas—dicen a los del camión—, pero no tomándolas de los puestos de venta donde las ponen los campesinos para venderlas. Dejad que estos labradores las vendan y luego, dentro de hora y media, las requisamos directamente a los acaparadores, no a los productores, puesto que éstos ya no las tendrán. El acaparador sabe lo que es una requisa, está acostumbrado a hacer operaciones bancarias y conoce perfectamente de qué se trata. El campesino, por el contrario, se alarma cuando ve que le despojan de lo que tiene, agrandándose sus recelos y dejando de acudir al mercado si lo requisan las dos o tres gallinas que tiene. Ya irán desapareciendo estos resabios, pero mientras no desaparecan conviene no alarmar ni emplear la alarma como un procedimiento de intervención agraria y ejecutiva. El acaparador de gallinas sabe que ha de cobrar el género y el campesino duda. En la duda se retrae, empobreciéndose el mercado por falta de géneros y dándose una sensación merquina, una demostración de insuficiencia. Cuando los granjeros productores puedan comprender prácticamente todo esto, arrinconarán sus recelos, pero entretanto no hay que fomentarlos con ninguna intemperancia.

Tres duros por un café

El panorama de Francia para los elementos adinerados que con su mala entraña logran atravesar la frontera, no es muy risueño que digamos.

He aquí el sencillo cálculo que nos facilitan unos camaradas del Mediodía de Francia, recién llegados a Barcelona, y no en viaje de recreo precisamente, sino de solidaridad armada con los combatientes españoles que pelean contra el fascio.

El duro español en manos de un fascista fugitivo no se cambia en territorio español ni en territorio francés, si no es con grandes dificultades, obteniéndose por cada duro español un franco francés. Si se consigue el cambio de moneda y el fascista se sienta en un establecimiento pidiendo un café, le cobran tres francos por el café. Ahora bien: para tener tres francos necesitó entregar tres duros. Por consiguiente, la pensión o gasto normal de cada día—a franco por duro—, representará, aun en acomodo poco ostentoso para el fascista fugitivo, de quince a veinte duros, mientras el duro no valga en Francia más que cincuenta céntimos de franco. ¡Quince duros diarios, veinte duros diarios!

Lo que interesa no es perseguir la evasión de capitales, sino la evasión de fascistas. Hay que cazar a éstos y quemarlos con sus billetes, interrumpiéndose todo el dinero sonante y objetos de valor para las víctimas del fascismo. Pero si logran escapar a Francia los fascistas, tendrán que pagar un café con tres duros y todavía no les darán azúcar.

Si los fascistas se llevan los billetes todos de España, nada se llevan, puesto que el oro del Banco puede intervenir dejándose al billete español fascista fuera de combate desde el momento en que se llama garantía aurífera es de la nación, y la nación le embarga para que el fascismo responda de su quiebra fraudulenta.

Los fuertes puños artesanos y campesinos de España pueden también intervenir las cosechas fascistas, embargándolas para conjugar el estrago criminal de los tesoreros y de los pretorianos.

Habiendo oro y cosechas en manos del pueblo, el oro puede ser desvalorizado por las cosechas, pero no antes de adquirir con oro primeras materias indispensables para la creación de España. Porque ahora lo que está en el tapete es nada menos que el problema de crear España, maillotta a fuerza de latrocinios fascistas.

Los brazos fuertes del proletariado, con su conciencia pareja de su bravura en la pelea, han de crear una España habitable y atractiva. Cualquier intento que se oponga a este propósito, caerá roto y aplastado por la fuerza del pueblo.

A.

Avisos del Comité Central de Milicias Antifascistas

El viaje de los milicianos por tren

No habiendo convenido nada respecto a la utilización gratuita de los trenes por los milicianos, les queda prohibido viajar en los mismos sin autorización expresa de este Comité.

Entrega de armas cortas y largas

Habiendo quedado totalmente normalizada la situación en Barcelona, y existiendo además la garantía de las Patrullas de Control que aseguran el orden revolucionario en la ciudad, es preciso que los que tengáis en su poder armas cortas y largas, municiones, cerrojos, etc., sin ser milicianos, hagan entrega de todo ello al Cuartel General de las Milicias, en Pedralbes, o comuniquéis los domicilios de donde pueden ser retirados.